

CRÓNICA DE LA EXPOSICIÓN LA ESPIRAL LOGARÍTMICA

JUANA CIUDAD PIZARRO

La gente se acerca con una mezcla de confusión y curiosidad: no tienen ni idea de lo que van a ver y para colmo se encuentran con una vitrina donde lo primero que ven es una colección de conchas. Conchas normales, de las que a lo mejor incluso muchos de ellos coleccionan.

Después van entrando en el mundo de la vitrina —una vitrina es una invitación, un lujo para la mirada— y empiezan a prestar atención de una forma distinta según sus intereses. Se encuentran así con los libros concha, los libros caracola y una serie de objetos, todos relacionados con las conchas, pero difíciles de catalogar. En general, la mayoría de las personas aprecian la belleza extraña de esas piezas que no saben cómo nombrar.

Después de esa pequeña emoción, algunas personas vuelven a las colecciones de conchas, de fósiles y de esas pequeñas espirales blancas que aunque han visto, en una playa o en una joya, pocos saben que son opérculos de caracol. Y gozan realmente con las conchas, con la gran variedad de formas y colores. Los comentarios al respecto inciden en las semejanzas, pero especialmente en las diferencias entre esas conchas y las que ellos coleccionan, si es el caso. Les digo que en cada mar, en cada océano se encuentran unas especies diferentes de moluscos, con sus conchas o caracolas tan características y peculiares. Aunque conocen las orejas de mar (son ejemplares encontrados en la península) creen que las he decorado por el brillo que muestran, pero yo me apresuro a decir que no hay manipulación alguna en las colecciones, sólo en los libros concha y los libros caracola.

Pero, aún estas son conchas y caracoles recolectados por mí en las playas y convertidas en libros con papel de periódico, hojas de cómic o de cuentos infantiles y que a veces la inspiración me vino de hecho mientras buceaba y veía a los animales abrir sus valvas para mostrar sus cuerpos membranosos que me condujeron tan sencillamente a los libros. Después leí a Gastón Bachelard, que dice que lo grande puede surgir de lo pequeño y ya tuve una justificación para esos libros molusco. De algo tan pequeño como una concha o un caracol surge algo tan grande como un libro.

Les dejo mirar un rato, para que busquen y encuentren y para que miren con mirada nueva esas cosas antiguas. Después, me acerco y empiezo a explicar la vitrina, haciendo referencia a los paneles explicativos, que algunas personas ya han estado leyendo, al menos parcialmente. Miro a los que andan un poco perdidos, para que se acerquen. Les hablo de la espiral logarítmica que da título a la obra, del valor metafórico de las conchas como refugio, del increíble molusco coleccionista, del auge de las colecciones en el siglo XIX y de surgimiento del vidrio que posibilitó la exposición en vitrinas, ese lujo de la mirada.

Y finalmente les hablo de la idea de pedirles a los niños de mi entorno que me dibujaran una concha o un caracol, por curiosidad, para que estuvieran los niños presentes en esta exposición —queremos que los niños se aficionen a la cultura, a los museos, pero pocas veces nos acordamos de ellos y atendemos a sus intereses para que no se aburran— pero también con la idea de ver hasta qué punto tienen razón los expertos cuando dicen que los niños de preescolar dibujan la esencia de las cosas y desbordan imaginación y acertó el propio Picasso cuando dijo: "Antes dibujaba como Rafael y me ha llevado toda una

vida aprender a dibujar como los niños". Me halaga que la gente se arremoline a escuchar, que hagan preguntas y que muestren un interés que no había imaginado.

La explicación cambia en cierta o gran medida su visión, puesto que aúna y da sentido a un conjunto aparentemente heterogéneo. Pocas personas salen a los pocos minutos, la mayoría escuchan y disfrutan, o eso parece, se quedan un rato largo dando vueltas a la vitrina, hablando, preguntando y escuchando. Incluso algunos se quedan más de una hora recorriendo este trozo de pasillo que nos han asignado e incluso me agrada comprobar que el segundo y último día de la exposición varias personas vuelven, ahora acompañadas de su familia o amigos.

Recojo algunos cumplidos como:

—Me gusta mucho.

—Esto es muy curioso.

—Son preciosos estos libros.

—Qué originales.

—Este se lo han querido comprar los catalanes —dice Casilda.

Y cuando llegan los niños, soy yo la que exclamo:

—Aquí vienen los artistas.

Teresa le explica a su hijo Pablo la vitrina:

—Mira, un periódico caracol. Y un poema caracol.

Pablo no es capaz de estarse quieto, todo lo quiere tocar y no para de hacer preguntas: le encanta todo, pero especialmente se queda prendado del caracol minúsculo que hay que está colocado bajo una lupa:

—¿Me lo puede quedar? — dice.

Juan, igual que Pablo, corre de un lado para otro hasta que en un momento ve la cámara de seguridad y se me acerca con una pregunta:

—¿Es una cámara de las que graban?

Como le respondo afirmativamente, se queda quieto.

Más tarde llegan Toño y Luis, que se quedan más de una hora y echan en falta a doña Fernanda y Lales, que se han quedado en casa y que ellos querían que estuvieran allí.

Antonio se interesa especialmente por la espiral logarítmica y su conexión con la filosofía y quiere saber también la conexión con los dibujos de los niños.

—De aquí al Thyssen.

Este es Luis, que parece fascinado, como los niños que ya se marcharon. Da vueltas a la vitrina, mira y remira, pregunta y se pregunta, mirando varios ejemplares de caracoles, si la espiral logarítmica de todos los caracoles tiene el mismo sentido de giro. No tengo

respuesta a esta pregunta. Creo que sí, que el sentido es siempre el mismo, pero no sé la razón. Habrá que investigar.

Cuando ya ha sacado a la vitrina todo su jugo, pregunta qué voy a hacer con todo eso cuando acabe la exposición y cuando le digo que esos libros contruidos a partir de conchas y caracoles volverán al cajón, empieza a luchar contra esa idea. Cada pocos minutos emprende su campaña para que eso no sea así y promete seguir el tema preguntando a Toño.

—Lo que es una pena es que ahora guardes todo esto en un cajón.

Se le ocurren mil ideas en pocos minutos. Desde meter en una caja con compartimentos los libros caracol y llevarlos al museo Art Decó de Salamanca, para ver si lo aceptan siquiera temporalmente, hasta llevarlos a tiendas de decoración o a expertos en estas cosas que en el Rastro de Madrid dice él que venden de todo. No se resigna al cajón e incluso se le ocurre una idea que me encanta, aunque es impracticable, que esa caja con los libros concha o caracol pueda ir de casa en casa con el compromiso de los dueños de pagar una especie de alquiler. Como aquellas vírgenes que cuando yo era pequeña pasaban unos días en casa y que después de introducir en una ranura unas monedas, había que llevar a otra vivienda donde la esperaban, para rezarla y que contribuían a que el cajón con ranura se fuera llenando con cada visita.

Sí, alquilar obras de arte ya está inventado, pero esta idea es genial.

Ya antes de despedirse, Luis me dice que vaya fabricando esas cajas.

—Si empiezas, yo la primera cajita te la compro.

Espero a Nona, la directora de la biblioteca La Casa de las Conchas, donde se realiza la exposición, para preguntarla si le ha gustado.

—Me ha encantado, me he encantado.

Y me dice que intentará que la vitrina pueda quedar en la biblioteca 15 días más.

El mejor final.

Juana Ciudad Pizarro

Salamanca, 9 de febrero de 2013